

Trabajar sobre el Islam en la Bosnia en guerra

Travailler sur l'islam dans la Bosnie en guerre

Xavier Bougarel

Traducteur : María Martín de Almagro et Annette Jantzen



Édition électronique

URL : <https://journals.openedition.org/conflits/14083>

DOI : 10.4000/conflits.14083

ISSN : 1777-5345

Cet article est une traduction de :

Travailler sur l'islam dans la Bosnie en guerre. Partie 1 - URL : <https://journals.openedition.org/conflits/821> [fr]

Autre(s) traduction(s) de cet article :

Travailler sur l'islam dans la Bosnie en guerre. Partie 2 - URL : <https://journals.openedition.org/conflits/823> [fr]

Éditeur :

CECLS - Centre d'études sur les conflits - Liberté et sécurité, L'Harmattan

Édition imprimée

Date de publication : 1 septembre 2002

ISBN : 2-7475-3432-4

ISSN : 1157-996X

Référence électronique

Xavier Bougarel, « Trabar sobre el Islam en la Bosnia en guerra », *Cultures & Conflits* [En ligne], 47 | automne 2002, mis en ligne le 17 décembre 2008, consulté le 11 février 2023. URL : <http://journals.openedition.org/conflits/14083> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/conflits.14083>

Ce document a été généré automatiquement le 11 février 2023.



Creative Commons - Attribution - Pas d'Utilisation Commerciale - Pas de Modification 4.0 International
- CC BY-NC-ND 4.0

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Trabajar sobre el Islam en la Bosnia en guerra

Travailler sur l'islam dans la Bosnie en guerre

Xavier Bougarel

Traduction : María Martín de Almagro et Annette Jantzen

He escrito este artículo por sugerencia de Valérie Amiraux, quien me animó a tomar un avión Estambul-París, un día en el que yo ya ni siquiera tenía fuerzas para hacerlo. El artículo es raro, incluso para mí. Sin duda, requería ser escrito desde hace bastantes años. Aunque analice la actividad científica, no se trata de un texto científico. Se sitúa en algún punto entre la rememoración onírica, la confesión y la declaración de guerra. Esta mezcla de géneros explica sin ninguna duda su aspecto a veces confuso o esotérico, algunos patinazos de vocabulario y ciertas torpezas de estilo que quiero conservar, a pesar de los malentendidos que puedan suscitar y de las heridas que pudiesen reabrir.

El sitio de Sarajevo, el castillo de Praga y las jornadas de Barcelona

- 1 Cuando se evocan las dificultades que surgen al llevar a cabo un estudio en un país en guerra, lo primero que viene a la mente es el riesgo, el verse enfrentado a la amenaza de las armas. Sin embargo, en mi caso, la verdadera dificultad no fue esa. Por un lado, comprendí rápidamente que yo no tenía esa pasión por la adrenalina que debe tener un buen reportero de guerra. Durante los tres años y medio que duró el conflicto bosnio

(abril de 1992 – diciembre de 1995), traté de evitar cuidadosamente las situaciones peligrosas y, consecuentemente, adapté mis actuaciones a esta actitud. Por otro lado, debido a su proximidad geográfica, su fuerte mediatización y, más aún, los inegables pero complejos lazos con la referencia moral fundadora en la que se convirtió el Holocausto, la guerra en Bosnia-Herzegovina constituyó, por encima de todo, una prueba moral para aquellas y aquellos que se enfrentaron a ella desde el exterior¹.

- 2 Lo que quiero estudiar en este artículo es, sobre todo, este análisis moral y, por tanto, abstracto, de la guerra. Para ello, intentaré primero explicar cómo las circunstancias de mi trabajo sobre Bosnia en guerra, los aspectos de esta realidad a los que me intereso, han suscitado cierta cantidad de choques y de dilemas morales, de rupturas y de confusiones personales². Además, intentaré mostrar cómo esta experiencia particular ha influido en mis propios trabajos, mi relación con otros actores presentes en el terreno y, en definitiva, cómo ha determinado ciertas elecciones.
- 3 Previamente, y con la esperanza de no caer en la introspección, me parece útil puntualizar ciertas cuestiones. Mi experiencia de la guerra en Bosnia-Herzegovina estuvo precedida por una actividad militante relativamente larga e intensa, y marcada por una doble fuente de inspiración: por un lado, el movimiento anarquista y anarcosindicalista y, por otro, la disidencia en Europa del Este, ambos unidos por conceptos tales como la “sociedad contra el Estado” (Pierre Clastres) y la “antipolítica” (György Konrad), la “cultura de sí mismo” (Fernand Pelloutier) y “la vida en la verdad” (Vaclav Havel). No es necesario recordar que las tristes realidades de Europa post-comunista se encargaron de hacer tambalear tal encantador edificio. Lo mismo ocurrió cuando las virtudes liberadoras que el anarquismo atribuye a la desintegración del Estado, al resurgimiento de las milicias y al fracaso de las armas se vieron enfrentadas a la sangrienta escisión de Yugoslavia. Lo mismo ocurrió cuando Vaclav Havel, apóstol de la “fuerza de los débiles”, se convirtió en el de los misiles de la OTAN, dando así el último toque a la reconversión de antiguos disidentes en políticos razonables.
- 4 Por suerte, el homenaje a Cataluña de George Orwell que llevaba en mi equipaje cuando partí a Belgrado en diciembre de 1990, ya me había preparado in extremis a la sórdida realidad de la guerra³. También por suerte, años más tarde, Tzvetan Todorov me enseñó, frente al límite, a volver a desplegar mis inquietudes en compromisos discretos y personales⁴. Sin embargo, aún quedan preguntas sin responder sobre esta época: ¿cómo un joven estudiante anarquista, apenas expulsado de su entorno político por razones ridículas, puede convertirse en consultor para los ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa? ¿Cómo tomar la decisión de intervenir militarmente en Yugoslavia, sin perder de vista una razón esencial de su sangrienta escisión, demasiado a menudo olvidada: a saber, la militarización de su sociedad y la sobredimensión de su aparato militar? Y finalmente, ¿cómo formular esta inquietante y, sin duda, ineluctable ambivalencia de lo político, según la cual el Estado contiene la violencia, en el doble sentido del verbo “contener”?
- 5 No obstante, esto no es lo más importante por lo que a este trabajo de investigación se refiere. Lo que explica mi propia experiencia de la guerra en Bosnia-Herzegovina, y los posicionamientos intelectuales o morales que de ella se derivan, sin duda no es tanto mi bagaje militante como los momentos, lugares, ángulos de ataque a partir de los cuales la aprehendí. En efecto, faltó poco para que me pusiese del lado de aquellos que se manifestaban a favor de Bosnia, hacían de Alija Izetbegović el emblema de la lucha antifascista, e iban a Sarajevo a mostrar su apoyo y a alimentar su fe. A aquellos a los

que a menudo frecuentaba diez años antes en el movimiento de apoyo al sindicato Solidarnosc, explicaba nuestro desacuerdo mediante la siguiente fórmula: “Vosotros habéis ido hacia la guerra, la guerra ha venido hacia mí”. Siempre me ha incomodado un aspecto en particular de los militantes que volvían de Sarajevo: parecían cargados de sentido, fortalecidos en su indignación y convicción. Cuando, por mi parte, volví de Yugoslavia en junio de 1992, me dí cuenta de que allí había perdido toda capacidad de rebeldía y toda convicción, incluso la mínimamente estructurada. Por diversas razones –falta de coraje, sentimiento de culpabilidad y otras cosas–, no volví a Sarajevo durante la guerra. Sin embargo, las pocas incursiones prudentes que hice en Bosnia durante la guerra se saldaron con un profundo malestar, unas náuseas irreprimibles y una vuelta prematura. Por esta razón al menos, no teníamos mucho que decirnos.

La guerra como encuentro fortuito y como experiencia situada

- 6 El azar puso la guerra en mi camino, y ésta me cayó encima sin que yo estuviera realmente preparado. En 1990 y para realizar mi servicio militar obligatorio en el marco de la cooperación, preferí ir a Belgrado en vez de a Varsovia, ya que el puesto que allí se me propuso –lector de francés en la Facultad de derecho– me parecía más tranquilo. Recién regresado de Sciences Po⁵, descubrí sin haberlo elegido, el extraño mundo del Islam. Siguiendo los consejos de Rémy Leveau, uno de mis profesores, decidí aprovechar mi estancia en Belgrado para estudiar el mundo del Islam de Bosnia-Herzegovina. En consecuencia, al simple hecho de que la guerra haya venido hacia mí, se suman otras circunstancias que han modelado mi propia experiencia de la guerra en Yugoslavia.
- 7 En el Belgrado que descubrí en diciembre de 1990, la guerra parecía aún bastante irreal, aunque estuviese tan cerca. Vi cómo se formó y estalló, habituándome a ella un poco más cada día. Cuando, de vuelta en el París ocioso del verano de 1992, me asombré de lo poco que me indignaban los campos o las violaciones que todos los demás descubrían horrorizados, tuve que buscar en mi memoria para comprender el por qué: esos campos, esas violaciones, ¿desde cuándo los había aceptado? ¿Desde el día en que, cuando me bajé del autobús en la plaza de la Revolución, no me paré para saber quién aparecía en esa foto de fondo negro, delante de la cual los Belgradenses depositaban cirios, naranjas o paquetes de cigarrillos? ¿O el día en que, leyendo mi querido diario “Borba”⁶ durante el desayuno, pasé la página que anunciaba una vez más el número de muertos en Krajina o en Eslavonia oriental por puro aburrimiento? ¿O sería el día en que, escuchando al conserje de la Facultad de derecho contarme sus hazañas militares, eché la ceniza de mi cigarrillo en un casquillo de autobús que decía “Vukovar, octubre de 1991”?
- 8 Es cierto que, durante un tiempo, acudí a las pequeñas concentraciones pacifistas de Belgrado, pero pronto me alejé de esos niños de la burguesía roja que volvían a comprar su alma invocando a Europa. En los años 80, conocí la clandestinidad polaca y los ambientes pacifistas de la Alemania del Este, y no encontré en la “disidencia” yugoslava la misma preocupación moral, la misma aceptación de ciertos sacrificios personales. Militante de extrema izquierda y con experiencia en la acción sindical, no comprendía por qué, salvo raras excepciones, los pacifistas de Belgrado ignoraban formidablemente a los millares de desertores que abandonaban el frente en masa, y se reunían delante de

las diputaciones exigiendo su desmovilización⁷. Para mi sorpresa, al final me encontraba más cómodo con aquellos que, haciendo como que creían que todo aquello no iba con ellos, se contentaban con conservar su salud mental, cultivaban su pasión por la pintura o la arqueología, iban a hacer senderismo de montaña, o hacían pic-nics a orillas del Danubio, a dos pasos de la base aérea de Vatajnica, con su ronda incesante de Migs y de helicópteros de combate⁸.

- 9 Porque, por supuesto, si he podido acostumbrarme fácilmente a la guerra, es porque ella nunca se ha adueñado de mi vida cotidiana. Sentados a orillas del Danubio, sabíamos que las bombas que llevaban los Migs no eran para lanzárnoslas y el simple hecho de tomar el aire jamás significó en Belgrado arriesgar la vida poniéndose a tiro de los francotiradores. Sin embargo, aún me hizo falta más tiempo o, mejor dicho, más lugares y más situaciones para darme cuenta de ello. Cuando fui por primera vez a Croacia, no comprendí el sentido de las palabras que aparecían en la pantalla del televisor: “Opća opasnost”, “Alerta general”, ya que ignoraba lo que era un bombardeo de artillería. Cuando llegué por primera vez a Tuzla, ciudad que elegí para descubrir Bosnia en guerra, mi casera me alojó amablemente en la habitación mejor orientada, cuya ventana no podían atravesar los obuses. Me hizo falta bastante tiempo para decidirme a volver a salir a la calle. El hecho de pasar al otro lado del frente me abrió brutalmente los ojos en cuanto al hecho de que, a pesar de mis eruditas elucubraciones, mi experiencia de la guerra era profunda e irremediablemente serbia. Después, también me hizo falta bastante tiempo para admitirlo y para entender en qué esta experiencia representaba también una fuente válida de inspiración y de reflexión.
- 10 Por lo demás, desde diciembre de 1990 hasta abril de 1992, mis diversas estancias en Sarajevo me enseñaron que los habitantes de Sarajevo y los de Belgrado no tenían, en aquel momento, percepciones radicalmente diferentes de la guerra. Es cierto que el movimiento pacifista era mucho más fuerte en Sarajevo que en Belgrado, así como el miedo a ser arrastrado por la tormenta⁹. Sin embargo, como los habitantes de Belgrado, los de Sarajevo seguían ocupándose de sus tareas, y observaban las imágenes de Vukovar y de Dubrovnik como una especie de espectáculo extraño y lejano, con la secreta esperanza de que aquello no fuera más que un mal sueño. Unos y otros seguían comprendiéndose hasta la primavera de 1992, cuando aparecieron las primeras barricadas en los suburbios de Sarajevo, y cuando los kalachnikov comenzaron a chisporrotear por la noche, en las colinas, y los primeros obuses cayeron sobre la ciudad.
- 11 Estuve en Sarajevo en marzo de 1992, para asistir al referéndum sobre la independencia y después, de nuevo, unos días más tarde, para participar en el Ramadán. Entre los recuerdos que me quedan de esas semanas fatídicas, algunos me vuelven a menudo a la mente.
- 12 La mañana siguiente al referéndum sobre la independencia, la ciudad se despertó en medio de un extraño silencio, roto a veces por la sirena de un vehículo de policía o por una ráfaga de kalachnikov. Los coches y los tranvías ya no invadían el bulevar Mariscal Tito al que daban nuestras ventanas¹⁰, ya que las barricadas que se habían levantado por la noche bloqueaban la circulación. Cuando salimos en búsqueda de un hipotético desayuno, nos cruzamos en la calle peatonal Vase Miškina, que estaba casi desierta, con un hombre que marchaba desnudo, los brazos extendidos y la mirada perdida. Unos policías, con los kalachnikov bajo el brazo, se reían al verlo pasar. Cuando llegamos a

casa de la familia donde nos alojábamos, la madre me preguntó si pensaba que la guerra estallaría, y si creía que sería necesario marcharse. Respondí que no lo sabía.

- 13 Cuando volví a Sarajevo unos días más tarde, conocí a unos “boinas verdes” que estaban de servicio delante de las mezquitas de baščaršija y, después de la hora de los rezos, a veces iba con ellos a beber un té en los cafés del antiguo barrio comercial. Una tarde, les expliqué que el extraño ambiente que se respiraba en la ciudad me agotaba y me helaba la sangre, así que había decidido volver a Belgrado. Insistieron en que me quedase hasta el bajram¹¹, diciéndome que todo estaba bien y que no había razón alguna para tener miedo. Cuando los escuchaba, miraba los kalachnikovs apoyados en sus rodillas.
- 14 Al día siguiente del referéndum sobre la independencia, nos evacuaron a Belgrado con un avión especial del ejército yugoslavo, cedido por los diplomáticos que habían venido a observar que el proceso de votación se desarrollaba con normalidad. A pocos días del bajram, cogí uno de los últimos aviones de la JAT que partieron del aeropuerto de Sarajevo. El 5 de abril de 1992, vi en la televisión cómo la multitud se agolpaba a las puertas del Parlamento bosnio, los vi agitar los retratos de Tito y aplaudir inocentemente a los vehículos blindados de las fuerzas armadas yugoslavas, los vi cómo intentaban protegerse de los tiros de los francotiradores serbios situados en los tejados del Holiday Inn, y después lanzarse sin ningún tipo de armas a la toma del hotel. Aquel día, sentí tal desprecio por el pueblo serbio, que no pude evitar escupirlo delante de mis alumnos. Al día siguiente, me obligé a llamar a la gente que conocía en Sarajevo, para preguntarles si podía hacer algo por ellos. Me dieron las gracias y me dijeron que no me preocupara, que todo esto se acabaría en unos días. Colgaba siempre sabiendo que, de todos modos, no habría podido hacer nada por ellos.
- 15 Años más tarde, el día en que comenzaron los bombardeos de la OTAN sobre Serbia, una amiga de Belgrado por la que sentía un especial aprecio me envió un correo electrónico para maldecir al mundo occidental y a mí con él. Le contesté asegurándole que entendía su rabia y que yo mismo tenía serias reservas sobre los bombardeos, pero que no debía olvidar que la guerra no había comenzado aquel día, sino ocho años antes. Después de algunas vanas tentativas, nos dejamos de escribir.
- 16 Para mí, todos esos recuerdos demuestran una sola cosa: la guerra es un acontecimiento tan extraordinario, una ruptura tan tajante con lo que conocemos, que es simplemente increíble. Nadie puede, nadie quiere creer en ella hasta que se impone a uno. En estas circunstancias, e independientemente de las responsabilidades o los sufrimientos objetivos de unos y otros, cada cual puede sentirse agredido: el fusil malo es aquel que apunta hacia nosotros; el primer obús, y el peor de todos, es el que cae sobre nuestra casa. En otras palabras, para aquellos que la sufren, la guerra es una experiencia fundamentalmente subjetiva, situada en el tiempo y en el espacio¹².
- 17 Esta cuestión de los marcos espaciales y temporales de referencia, de las perspectivas elegidas, puede incluso conducir a situaciones absurdas y desconcertantes. Un día, charlando con una amiga serbia de Sarajevo en París, ella me explicaba que, allí, los serbios no eran los sitiadores, sino los sitiados. Aunque estaba acostumbrado a las lunáticas declaraciones y a las exageraciones verbales de los serbios¹³, le hice notar que lo que decía no tenía fundamento. Entonces me habló del caso de sus padres que, como vivían en el barrio periférico de Ilidža, debían tener cuidado con los tiros de mortero y de los francotiradores que venían a la vez desde el centro de la ciudad y desde el barrio de Butmir, situado al pie de la colina Igman. Por supuesto, además de la intensidad variable de los tiroteos, existía una gran diferencia entre los habitantes de Sarajevo y

los de Ilidža: estos últimos podían ir y venir en bus o en coche, y los camiones que les traían comida o leña para calentarse no tenían que atravesar las líneas de frente bosnias. Sin embargo, al echar un vistazo sobre las líneas del frente¹⁴, se puede entender por qué los serbios de Ilidža se sintieron acorralados, sin que ello justifique recurrir a la leyenda “paranoia serbia”.

El Islam como objeto y el Islam como carga

- 18 Mi propia ubicuidad mental –vivía en Serbia, y trabajaba sobre Bosnia-Herzegovina– tuvo efectos aún más perturbadores cuando se les sumó un factor agravante: me interesaba el Islam, pero desde una perspectiva concreta, a saber, el análisis del Islam político que llevaron a la práctica Olivier Carré, Gilles Kepel y Olivier Roy en Francia en los años 80¹⁵. Mi perspectiva sobre el Islam bosnio era, en consecuencia, muy diferente de la que hubiesen podido tener los antropólogos William Lockwood, Cornelia Sorabji o Tone Bringa¹⁶.
- 19 De entrada, mi objeto y perspectiva de investigación me ubicaron en una situación particular. La primera vez que fui a Sarajevo, compré en un kiosko un número especial de una revista titulado: “¿Se convertirá Bosnia en una república islámica?”¹⁷. Se trataba de una selección de textos y de entrevistas, al final de los cuales figuraba la desde entonces célebre “Declaración islámica” de Alija Izetbegović, quien poco antes se había convertido en Presidente de la Presidencia colegial bosnia. A pesar de que mi serbio-croata aún no era muy bueno, reconocí rápidamente lo que me habían enseñado a reconocer: una ronda de grandes temas de la literatura islámica. Mi primera reacción fue la de creer algo falso fabricado por los serbios. Sin embargo, una vez que verifiqué que no era el caso, entendí que acababa de dar con una mina, en el doble sentido de la palabra: un yacimiento extraordinario por explotar, y un objeto muy delicado de manejar. No obstante, no tenía los instrumentos correctos para hacerlo. Los dos cursos que hice en Sciences Po sobre el Islam político y sobre la relación entre religión y política no eran más que conocimientos de base. La tesina que redacté trataba sobre el Islam en Renault-Billancourt, un Islam de trabajadores inmigrantes ya mayores, individualizado por su inserción en un universo de trabajo represivo y un ambiente social laico¹⁸. En consecuencia, no era sorprendente que el objeto se me haya escapado de las manos.
- 20 Abordaba el tema a partir de lo escrito y, por así decirlo, desde la cima, de una manera de la que no me desprendería nunca del todo y que, a fin de cuentas, resultaría al mismo tiempo muy fructífera y arriesgada. Durante mis siguientes visitas a Sarajevo, centré mi atención en Alija Izetbegović y su entorno, en este pequeño círculo de islamistas elevado milagrosamente al liderazgo de una comunidad musulmana ampliamente laica, y en la forma en la que se dejaba entrever en sus discursos o influía en sus elecciones lo que yo sabía sobre ellos¹⁹. Guardaba las publicaciones del Partido de Acción Democrática (SDA) y de la Comunidad islámica, consultaba en la biblioteca Gazi Husrev-beg la prensa religiosa de los años 30 y 40, visitaba al equipo de Muslimanski Glas, quienes animaban a los cercanos compañeros de fatigas de Izetbegović²⁰, y se olvidaban del resto. En Belgrado, me reunía con Darko Tanasković y con Miroljub Jevtić, que publicaban sus comentarios sobre la evolución del Islam yugoslavo en la prensa serbia. Aprendí mucho del primero, y me di cuenta rápidamente de que el segundo era un loco peligroso²¹. Finalmente, por mediación de un amigo musulmán que vivía en

Belgrado, pasé una semana en el pueblo de Sandžak, lo que me permitió conocer un poco las realidades del Islam rural.

- 21 Para continuar con mi trabajo, fui a Sarajevo en marzo de 1992 con el objetivo de estudiar el desarrollo del mes del Ramadán, y en particular grabar sermones a partir de los que esperaba poder establecer una tipología interna del Islam bosnio²². Yendo de una mezquita a otra, escuché sermones de temas y acentos muy diferentes, conocer en el *tabački mesdžid* (sala de rezos) a algunos redactores de *Muslimanski Glas*, a quienes descubrí en su papel original de imanes, entablé amistad con jóvenes fieles en el círculo de debate de la mezquita de Ferhadija, e incluso recé –¡recé!– a petición de un guardia de otra mezquita, que no sabía muy bien si podía dejar pasar a un no musulmán provisto de una grabadora al rezo de la tarde. A todos les doy las gracias, y les pido perdón.
- 22 También en las mezquitas se respiraba una atmósfera pesada y extraña. ¿Hasta dónde podía ir, hasta dónde tenía derecho a ir en ese mundo que me aceptaba, pero que no era el mío? ¿No se transformaría esta adopción un día en hastío o incluso en rencor? ¿Y era normal que charlara con algunos redactores de *Muslimanski Glas* sobre el carácter posible o imposible, oportuno o inoportuno, de una transformación de Bosnia en república islámica? Al tiempo, muchas veces, me pregunté por qué me habían aceptado de esa manera. Creo que la ingenuidad de los musulmanes bosnios, esa inocencia de la que tanto se arrepienten hoy, tiene bastante que ver. Imagino también que, en un momento en que no había muchos extranjeros en Sarajevo, les gustaba poder hablar con un joven francés que conocía su idioma, y que tenía conocimientos básicos sobre su religión. Y además, estaba el miedo, ese miedo que nos unía: en un momento en el que nadie sabía lo que pasaría al día siguiente, y en el que los musulmanes depositaban tantas esperanzas en Europa, yo constituía para ellos, sin duda, con mi imagen de empleado en la embajada de Francia, un símbolo tangible de que sus esperanzas no eran vanas.
- 23 En este contexto, una noche entendí que estaba donde no hubiera debido estar. Estábamos sentados en la mezquita Ferhadija, y esperábamos al imán que, como cada noche, debía comentar un fragmento del Corán. Durante su ausencia, se empezó a debatir el plan Cutilheiro, un plan que proponía la división de Bosnia-Herzegovina en cantones étnicos, y su aceptación por Izetbegović, que condicionaba el reconocimiento internacional de Bosnia-Herzegovina. Un joven –el único en aquel momento en todo Sarajevo que hacía gala de un uniforme afgano– se puso de pie y explicó que el fondo del plan era bueno, ya que daba a los musulmanes bosnios un Estado mayor que Eslovenia, pero que la cuestión era entonces la siguiente: ¿Eran los musulmanes lo bastante maduros como para que, en ese Estado, se aplicase la ley islámica? Otro hombre, de más edad y vestido a la manera occidental, le replicó con tono firme que no había entendido nada, que Alija tenía razón al no aceptar el plan Cutilheiro, ya que primero hacía falta conseguir el reconocimiento de Bosnia-Herzegovina como Estado unitario, y solamente entonces se podría dividir, ya que de todas formas los musulmanes no estaban preparados para hacerse cargo del sistema educativo y preparar el comienzo de la república islámica. Las ideas se agitaban en mi mente. ¿Lo que acababa de escuchar, y lo que los serbios me decían de todas las formas habidas y por haber, era realidad o sólo era una pesadilla serbia? ¿Y cómo reaccionarían esos nobles oradores, si se enteraran de que entre el público había un francés provisto de un pasaporte de servicio?

- 24 El debate acabó en una confusión general y, cuando alguien dijo que no se debía manchar la reputación del Islam como ya lo había hecho el imán Jomeini, una parte del auditorio se marchó de la sala como muestra de indignación. Aproveché y me fui. Al día siguiente, volví y, para afrontar las molestas sonrisas de las personas que me conocían, hice como si no hubiese entendido nada sobre el debate del día anterior. No obstante, este incidente contribuyó en gran medida a mi decisión de partir de Sarajevo antes de lo previsto, y a no volver durante la guerra²³.
- 25 A mi vuelta a Francia en junio de 1992, mi visión de Bosnia-Herzegovina no era exactamente la de los militantes que descubrían los rostros demacrados de Omarska, y se reunían con los comités Bosnia. Me costaba ver a Izetbegović sólo como un dulce abuelo un poco soñador. No soportaba los paralelismos entre Bosnia y lo que los intelectuales franceses saben generalmente sobre la guerra de España, esto es, lo que los comunistas han querido decir sobre ella. Nunca en mi vida me había cruzado con Zlatko Dizdarević, Ibrahim Spahić o el general Divjak²⁴, y me hacía preguntas sobre sus silencios y sus tics léxicos: ¿Dónde estaba mi pesadilla serbia y, era sólo una pesadilla? ¿De dónde había salido el término “agresión” y dónde quedó el de “guerra civil”, que unas semanas antes aún llenaba las páginas del diario *Oslobodjenje*²⁵? Un día me crucé con un universitario parisino que conocí durante la época de *Solidarnosc* quien me invitó a unirme al movimiento de apoyo a Bosnia-Herzegovina, del que era uno de los cabecillas. Le expliqué que, dado lo que sabía sobre los dirigentes bosnios, lo máximo que podía hacer era callarme. Es lo que hice, en parte, hasta la publicación del libro *Bosnie, anatomie d'un conflit* en 1996²⁶.
- 26 En los tres meses que separan mi estancia en Sarajevo de mi vuelta a París, la guerra no hizo que mi trabajo fuese más difícil, sino que lo convirtió en una tarea absurda y culpabilizante. Durante el tiempo que duró la guerra, nunca supe qué hacer con lo que sabía, y por cierto ¿acaso sabía algo? Los raros artículos que publiqué me costaron llamadas interesadas de la policía secreta de Francia y de Navarra, y de equipos de la televisión serbia. Fui a ver a Rémy Leveau, mi primer director de tesis, para pedirle que cambiáramos de tema, y le acusé de haberme metido en este lío. Leía el *Muslimanski Glas*, que había cambiado de nombre a *Ljiljan* (El Lirio), era capaz de reconocer el estilo de unos y de otros, buscaba los sobreentendidos y maldecía sus rodeos. Me despertaba por la noche y me preguntaba si de verdad había leído lo que había leído, escuchado lo que había escuchado, comprendido lo que había comprendido. Pensaba en esa mujer que, cuando me presenté en el *tabački mesdžid*, había dicho áridamente que los orientalistas eran todos enemigos del Islam. Más tarde, engatusada sin duda por mi asiduidad, me ofreció un *tespih* (rosario). Me preguntaba qué habría sido de ella, y lo que pensaría de mí. Mi propio infierno cabía por completo en mi cabeza. A la presión de los discursos mediático y militante y al peso de los recuerdos y de los remordimientos, se añadía una relación compleja con mi entorno profesional más cercano. Mis dos directores de tesis sucesivos, Rémy Leveau et Gilles Kepel, siempre confiaron en mí, y debo a su apoyo amistoso pero exigente el hecho de haber terminado mi tesis. Sin embargo, de modo más general, no estaba de acuerdo con la mayoría de los investigadores del Islam político, y por ello debía defender a contracorriente cierto número de discursos y usos.
- 27 El gran mérito de aquellos que estudiaron el Islam político a partir de los años 70 es el de haber roto con lo que el orientalismo clásico puede tener de dominador y de reductor, para demostrar que las sociedades musulmanas eran sociedades en evolución,

influidas por numerosos discursos y actores. Ante la diabolización de los movimientos islámicos que hacían los medios de comunicación occidentales, demostraron que esos movimientos eran también vectores de modernidad, insistieron en sus motivaciones sociales y en su potencial democrático, se esforzaron por “banalizarlos” poniendo de relieve sus lazos con las ideologías nacionalistas, o sus funciones tribunicias devueltas en otros lugares al partido comunista. Esta actitud pudo engendrar a veces cierta complacencia, o una rutina intelectual que consistía en esperar a que el discurso mediático se reactivase para entregarse una vez más a su destrucción. Pero lo importante no es eso. Estoy de acuerdo en lo esencial con los análisis del islamismo elaborados a partir de los años 70, y mi tesis doctoral no es sino su aplicación al caso bosnio.

- 28 El problema es que tenía que vérmelas con un objeto atípico –una minoría islámica que se había hecho con el poder sin el apoyo de una movilización de masas islámica–, y con un tratamiento mediático del objeto también atípico: de hecho, la mayoría de las veces no es que se diabolizara al islamismo bosnio, sino que se negaba o se ignoraba. En su obra de referencia sobre Bosnia, Noel Malcolm considera que la “Declaración islámica” constituye “simples artículos de fe a los que se afilia todo musulmán sincero”²⁷ y, en su mayoría, los medios de comunicación occidentales no han dejado de negar toda “amenaza islamista” en Bosnia insistiendo en las características europeas y tolerantes del Islam bosnio. Para justificar mi propio trabajo, debía contrarrestar este orientalismo, que identificaba los musulmanes bosnios con Izetbegović, y oponía por completo el Islam bosnio a otro Islam implícito, no europeo y, por lo tanto, intolerante. Por tanto, tenía que probar la existencia de una corriente islámica en Bosnia-Herzegovina, dejar claro que no se reducía ni a un protonacionalismo, ni a un neocomunismo, ir más allá de esta modernidad que compartía con el conjunto de la sociedad bosnia, para demostrar en qué se diferenciaba de ella. Habiendo encontrado modernidad en el fondo de los movimientos islamistas, mis maestros recurrieron a ella para hacerlos más inteligibles. Habiendo encontrado islamismo en el fondo de la Europa moderna, hubiese querido servirme de esto para hacerla más problemática. Pero no lo conseguí.

Digresión sobre los ministerios y la amistad franco-alemana

- 29 Paradójicamente, todo esto ha sido también lo que me arrojó a los brazos de los ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa. Comparados a las preguntas insidiosas de los servicios secretos, los interrogatorios estratégicos de diplomáticos y militares de alto rango eran una dulce escapatoria. Las salas cerradas de los ministerios me ofrecían un lugar donde podía estructurar mi pensamiento y creer que me tomaban en serio, sin exponerme a preguntas y reproches a los que tanto temía. Por otra parte, esta colaboración había comenzado gracias al director del centro en el que acababa de empezar a trabajar con una beca de investigación, y fui descubriendo poco a poco que Defensa y Asuntos Exteriores proporcionaban a los expertos en asuntos internacionales interesantes complementos salariales. En la medida en que mi beca de investigación se acabó en septiembre de 1996, y dado que las ayudas económicas del paro tienen una duración limitada, debo a las fuerzas armadas francesas el haber podido terminar mi tesis. Sin embargo, no creo que este último aspecto haya sido el más importante.

- 30 Trabajar para los ministerios me alivió y me halagó, lo que de paso prueba que el rechazo obsesivo del poder no es sino una forma de fascinación por él. No obstante, provocó otros malestares y otras perplejidades. Por muchos aspectos, trabajar en los ministerios me parecía tan desconcertante como rezar en las mezquitas. A mi gran sorpresa, descubrí que los militares podían ser más humanos que los diplomáticos: los primeros volvían perturbados por una guerra a la que no estaban preparados, los segundos siempre dominan la situación²⁸. Es cierto que algunos oficiales veían en el ejército serbio el único “verdadero ejército” de la región, y confundían a los serbios con los *pied-noirs*²⁹, y a Ratko Mladić con el general Bigeart. Para ellos, mis largos monólogos sobre Izetbegović eran nimiedades. Por supuesto, el verdadero problema era entender mi papel en todo esto: ¿qué tenía que decir, cómo se me escucharía, quién me utilizaría? A menudo mi trabajo se redujo a análisis generales, sin alcances directos, lejos de los centros de decisión –de todas formas, mi pasado político ya habría sido suficiente como para mantenerme apartado de estos. Sin embargo, no podía evitar preguntarme: ¿qué respondería yo si, un día, me preguntasen lo que había que hacer? Era profundamente hostil a una retirada del embargo de armas, ya que no tenía ninguna confianza en aquellos que las reclamaban, y en este punto también, el paralelismo con España se me antojaba insostenible. Me había resignado a la idea de que una intervención exterior era la mejor solución, que era necesario acabar con la superioridad militar de los serbios sin caer en el juego de sus adversarios. No obstante, deseaba con todas mis fuerzas escapar al momento en el que tendría que decirlo.
- 31 Cuando el 7 de julio de 1995 comenzó la ofensiva serbia contra Srebrenica, la apatía estival reinante en París no se alteró de inmediato. Las anteriores ofensivas contra Bihac y Gorazde, durante las que las autoridades bosnias defendieron balances de víctimas civiles expresamente hinchados para así despertar las conciencias, habían enervado las conciencias. La mayoría ya se esperaba que Srebrenica sucumbiría uno día u otro, algunos lo deseaban vagamente, y esta vez, como me lo recordó uno de mis interlocutores en el Ministerio de Defensa, el Gobierno de Sarajevo se inmutaba apenas. Sin embargo, algunos días más tarde, me pidieron con un tono mucho menos sereno que asistiera a una reunión convocada para el día siguiente. La reunión, en la que participaron algunos expertos externos, tenía aparentemente por objetivo el analizar la nueva situación creada por la caída del enclave, y elaborar varios escenarios de posibles respuestas. En algún momento del debate, se organizó un turno de mesa en el que se nos preguntó a los expertos si estábamos a favor de una operación militar aérea contra las fuerzas serbias. Me escuché decir “Sí”, antes de perderme entre los entresijos de mi indecisión. El turno de mesa se acabó y cada uno volvió a sus escenarios prospectivos. Fue entonces cuando un representante del *quai d’Orsay* (Ministerio de Asuntos Exteriores francés) se levantó de repente de su asiento y exclamó en términos bien poco diplomáticos que el futuro de Bosnia no le interesaba para nada, y que lo importante para Francia era tomar una iniciativa que, esta vez, no sólo beneficiase a nuestros amigos alemanes. Ya se podía empezar a discutir de temas serios³⁰

Conversaciones con los vivos y los muertos

- 32 A pesar de mi delicada salud mental por aquel entonces, mi tesis y mi trabajo de consultor me obligaron a volver a Bosnia-Herzegovina. Después de una vana tentativa en septiembre de 1992, que se terminó en la estación de Venecia, y varias escapadas en

otras partes del espacio yugoslavo, volví a Bosnia para el Ramadán de febrero-marzo de 1994, y seguí realizando este peregrinaje anual hasta 1998.

- 33 Durante la guerra, mi único destino fue Tuzla, por razones que resumo en mi tesis del siguiente modo: “Sarajevo, aún acorralada, apenas era accesible por un puente aéreo que podía verse interrumpido a cada instante; la circulación en la ciudad era peligrosa y sus habitantes se afanaban por encontrar ayuda humanitaria, y necesidades básicas tales como agua y leña para calentarse. A Zenica se podía acceder mucho más fácilmente y, además, estaba mejor protegida, pero la fuerte presencia de mujahidines extranjeros hacía difícil toda investigación avanzada sobre el Islam. Elejí Tuzla porque era una ciudad lo bastante grande como para mantenerme en el anonimato, relativamente alejada de los bombardeos, y que ofrecía un clima político especialmente abierto, por el hecho de que el ayuntamiento estaba en manos del partido de la oposición”³¹. Para ir a Tuzla, cogía el autobús hasta Split, en la parte croata. Como las carreteras principales estaban cortadas por las líneas de frente, los autobuses tomaban a menudo las antiguas rutas del bosque o aquellas que habían abierto los bulldozers de la Forpronu. El viaje era interminable.
- 34 En el terreno, mis antiguas referencias ya no eran todo lo sólidas que yo creía. Ni siquiera se me pasaba por la cabeza entrar en una mezquita, y las entrevistas que intentaba hacer sobre el Islam se saldaban a menudo con un fracaso. La sucesión de propagandas serbias y croatas, la fuerte mediatización del conflicto y la espera de una intervención internacional, los esfuerzos del Partido de Acción Democrática (SDA) para transformar el Ejército y la escuela en aparatos de reislamización, las sordas tensiones en la comunidad musulmana, la humillación diaria que suponían los chantajes que utilizaban la ayuda humanitaria, todo ello ayudaba a hacer del Islam el tema tabú por excelencia. Su mera evocación desencadenaba vivas reacciones de desconfianza y agresividad, un caudal de relatos personalizados sobre las exacciones de las fuerzas serbias. ¿Por qué me interesaba este tema? ¿Consideraba yo también a todos los musulmanes como mujahidines? ¿Acaso no entendía que el verdadero, el único problema era el genocidio perpetrado contra ellos? Mis interlocutores me hacían sentir culpable y yo tenía que dejar desfilas caudales de barro y sangre antes de poder volver a mi pregunta³².
- 35 Muy pronto realicé mis entrevistas contra la propia voluntad. Visité a varios dignatarios para indicarles que no me escondía, les hacía algunas preguntas convencionales, escuchaba su penosa jerga política, les daba las gracias y me marchaba. En cuanto al resto, las pocas entrevistas honestas que realicé también me ponían en apuros. Un día, un imán me explicó que le habían convocado en un cuartel para asistir a la despedida de unos jóvenes reclutados para el frente, y para rezar a Alá con la esperanza de que les acoja como shahids (mártires de la fe), y que él entonces se había negado y les había dicho que pediría a Alá que enviase a los jóvenes vivos de vuelta a casa. Otro imán me hizo señas para que saliera del café en el que nos encontrábamos, y me llevó a la calle para explicarme fuera del alcance de oídos indiscretos cómo el SDA había tomado el control de la comunidad islámica. Uno de los dirigentes del Consejo cívico serbio, a quien pregunté por qué no había protestado en 1993 contra los asesinatos de serbios en Sarajevo, me dijo que no había querido verse con un revolver sobre la sien. ¿Qué uso podía darle a estas historias y, quién me creería si no citaba las fuentes?

- 36 Mi manera de hacer evolucionó en varias direcciones. En primer lugar, construí relaciones de confianza y amistad con un pequeño número de personas. Pasábamos largas horas discutiendo sobre la situación política, viendo el clip de ¡Hare Krishna, Hare mašallah! que ridiculizaba la política de islamización del SDA, jugando al ping-pong bajo la mirada aprobadora del mariscal Tito. Simone Weil escribió al volver de España que, en una situación de guerra, no se puede pensar en el futuro, ya que hacerlo significa considerar la propia muerte. Comprometerse en una relación de amistad, es por tanto reafirmar alto y claro las temporalidades de la pre-guerra, y resucitar una parcela de normalidad³³. En una Bosnia en la que todos los dados estaban trucados, en la que todos los discursos sonaban falsos, conocer algunas personas sobrias y dignas era un raro momento reconfortante. Un día, hablando de esto con un amigo polaco, le expliqué que allí, todo era negro, y que sólo algunos individuos seguían siendo blancos. Me respondió que no eran blancos, sino grises, y que el gris parece un color claro sobre un fondo negro. De hecho, después de la guerra me di cuenta de que mis pocos amigos bosnios eran, tanto según la moral oficial como según sus propias exigencias, seres profundamente ambiguos. ¿Quién podría sorprenderse si dijera que me venía bien? Volví también a mi infinito trabajo de “papívoro”. Una de mis principales actividades en Tuzla consistía en descubrir colecciones de prensa local, revistas religiosas, boletines militares, que paradójicamente debían su auge a la división del país y a la ruptura con la capital. En los editoriales encontraba las controversias, las cartas de lector, esto es, la comunidad islámica hablándose a sí misma. En Zmaj od Bosne y Hikmet³⁴ se exhibía sin complejos el proyecto ideológico del SDA, contra un ayuntamiento despreciado y lejos de las cámaras de televisión. En Tuzla-list, un diario de anuncios, se convirtió en la punta de lanza de la resistencia al SDA. Escrito por una mezcla de intelectuales guasones, combatientes decepcionados y abuelos asqueados por la fe ostentadora de los nuevos conversos, en él explotaban alegremente todas las contradicciones de la sociedad bosnia.
- 37 Tanto en París como en Tuzla, mi perspectiva sobre Bosnia consistió en gran medida en un estudio minucioso de lo escrito. Leí y releí los discursos de Izetbegović, los pronunciados en la tribuna de la ONU y los dirigidos a los combatientes de la séptima brigada musulmana, analicé Ljiljan y los panfletos que publicaban el Ejército o el Congreso de intelectuales musulmanes, e intenté extraer las articulaciones, los desplazamientos y los usos de una construcción discursiva. En la prensa bosnia, los nombres de personas siempre se escriben en negrita, como si el resto tuviese poca importancia. Por lo mismo me propuse reconstituir el quién era quién, y en relación a quién: como lo digo desde entonces, para comprender Bosnia, hay que aprenderse primero de memoria la guía telefónica. En los años de la posguerra, la prensa independiente bosnia tomó un nuevo auge, el ambiente se había calmado y, poco a poco, los engranajes ideológicos, clientelistas y nepotistas del Estado-SDA iban desvelándose. Me di cuenta entonces de que no me había equivocado mucho pero que, si hubiese esperado unos años, me habría cansado bastante menos.
- 38 Finalmente, intenté camuflarme en el paisaje y aprender a leerlo. Las entrevistas más largas las hice durante los viajes en autobús a través de Bosnia, cuando escuchaba en silencio a esos combatientes cansados contarse su vida en el frente, sus preocupaciones como cabezas de familia, sus recuerdos de antes de la guerra. Comencé mis reflexiones sobre la buena vecindad mirando las filas interminables de casas destrozadas, cuyas heridas intentaba descifrar, o descubriendo, en el improvisado salón de una familia de

refugiados, allí donde otros cuelgan un retrato de Tito o una foto de La Meca, una casa pintada por un niño. Como ya no me atrevía a entrar en las mezquitas, me quedaba en los jardines que las rodeaban, y observaba las tumbas que allí había. Leía las esquelas publicadas en los periódicos o pegadas en los árboles, recorría los cementerios, contemplaba el nombre y el rostro de esos jóvenes shahids, estudiaba la forma y las inscripciones de las lápidas. De haber sido menos casero, de no haber tenido tanta prisa, hubiéese sido antropólogo.

Entender la guerra y ver los crímenes

- 39 La guerra me obligó a cambiar no sólo de método sino también de objeto. A partir de abril de 1992, el Islam pasó a ser una preocupación secundaria para mí, de la que, desde entonces, siempre me he querido deshacer. Esta guerra que no entendía me decía que, en alguna parte, había pasado al lado de lo esencial. A mi vuelta a Francia, como fiel discípulo de Jérôme Jaffré, empecé a triturar en todos los sentidos las estadísticas demográficas y electorales que traje de Belgrado. Cuando la revista Hérodote me propuso participar en el número dedicado a las cuestiones serbia y alemana, pensé que era una idea divertida. Calmé la necesidad de probar mis argumentos con cifras gracias a una avalancha de tablas y mapas que coloreaba con entusiasmo. Para unir todo aquello, buscaba explicaciones cada vez más rocambolescas y, cuando no las encontraba, me las inventaba. En la introducción de mi ensayo *Bosnie-Herzégovine: anatomie d'une poudrière*³⁵ ["Bosnia-Herzegovina: anatomía de un polvorín"], me preguntaba: "¿Se puede, se debe intentar entender los orígenes de una guerra cuyas supuestas motivaciones y dirección chocan por su absurdidad?". A modo de conclusión, escribí: « Por último, no se puede olvidar, con el fin de ilustrar una vez más lo perverso y absurdo de esta guerra, que los defensores de Sarajevo (Defensa territorial y milicias musulmanas) antes de poder comenzar con una tentativa de desenclave de la capital, durante el mes de septiembre, tuvieron que enfrentarse a las milicias del Consejo de defensa croata, milicias que controlaban el barrio estratégico de Stup y organizaban barreras comunes en las entradas de la ciudad... con las milicias serbias". De hecho, debería haber empezado por ahí.
- 40 Después, mi inscripción en tesis en Sciences Po, en el marco del programa "Análisis del mundo arabo-musulmán" (AMAM), y mi incorporación como becario de investigación en el Centro de estudios y de investigaciones internacionales (CERI) me permitieron escapar de las técnicas y los trucos con los que, unos años antes en el mismo establecimiento, se colmaba a los estudiantes que preparaban su título. Sin embargo, el programa AMAM o el grupo de trabajo "Guerras contemporáneas" del CERI me alejaron cada vez más del "Sarajevo-capital-de-Europa" que los dirigentes bosnios y sus amigos se esforzaban por vender al mundo. Reflexionaba sobre las movilizaciones comunitarias y los ejemplos de Turquía, el Líbano y el subcontinente indio. Descubrí los fenómenos milicianos y las economías de guerra al mismo tiempo que Afganistán, Somalia, Sierra Leona y Angola³⁶. Me preguntaba si los ciudadanos bosnios, tan orgullosos de ser europeos y de piel blanca, aceptarían algún día la comparación.
- 41 Sin embargo, queda una dimensión de la guerra que siempre me ha sido difícil tratar: es, efectivamente, la de los crímenes. Esta dificultad tiene que ver, en parte, con mi especial posición. La cuestión de los crímenes me llevaba siempre a mi experiencia serbia de la guerra, al carácter absurdo y culpable de mi trabajo sobre el Islam. Para

poder avanzar, debía olvidarme de aquello. Durante toda la guerra y mucho después, leí con reticencia los informes Mazowiecki o el informe Bassiouni³⁷, siempre pasando rápidamente las páginas de periódicos que describían los campos de Prijedor y las fosas de Bratunac, y hacía zapping en la televisión cuando daban relatos de los sobrevivientes. Aparte de estas causas específicas y reales de mi aprehensión, creo que además y, simplemente, es difícil tener que mirar la muerte cara a cara. Ésta despierta en nosotros una morbosidad dormida, una mezcla de asco y de fascinación, un sentimiento insoportable.

- 42 Un día, una amiga de Belgrado me regaló un libro titulado *La erradicación de los serbios en Bosnia-Herzegovina, 1992-1993*³⁸. Las listas de víctimas de las diferentes masacres iban acompañadas de fotos de cadáveres hinchados, putrefactos, irreconocibles. Salí del apartamento, baje las escaleras y tiré el libro a la basura. Unos años más tarde, volví a consultarlo en la Biblioteca de documentación internacional contemporánea de Nanterre. Me llevé una hoja de cartón asegurándome de que esta no dejaría pasar la luz. Además de los crímenes, es esa pornografía de la guerra lo que siempre me ha sorprendido de las guerras yugoslavas, esa exposición de imágenes destinada a paralizar el pensamiento para poder imponer mejor el comentario. Volví a encontrarme con esta pornografía, que descubrí por primera vez en la televisión serbia durante la guerra en Croacia, en unas cintas de vídeo difundidas por los islamistas, en Bosnia y en Belleville, y en la película de Bernard-Henri Lévy, *¡Bosna!*
- 43 Cuando mi cerebro se volvía a poner en marcha, ya no eran los crímenes lo que me resultaba insoportable, sino la lectura que se hacía de ellos. Nunca he podido aceptar el hecho de que se reduzcan las guerras yugoslavas a la categoría única de víctimas y verdugos, sobre todo cuando coinciden, como por milagro, con la pertenencia a diferentes comunidades. Siempre me ha sorprendido la manera en la que aquellos que vituperaban los crímenes de unos, los utilizaban también, más allá de las banalidades de uso, para disimular los crímenes de otros. ¿Quién puede olvidar que, en agosto de 1995, en las páginas de los grandes diarios franceses, intelectuales y expertos de renombre celebraban la reconquista croata de Krajina como una especie de liberación?³⁹ ¿Alegarán, por su parte, que no podían saber nada, ellos que siempre nos inculcaron que había que hacerlo? Pero el colmo es que, a veces, los mismos que reivindicaban su pertenencia al campo de las víctimas, contribuyeron a acallarlas. Sin lugar a dudas, a pocas personas se ha cuestionado tanto en Bosnia-Herzegovina como a las mujeres de Srebrenica. Sin embargo, en febrero de 1996, cuando éstas hicieron una manifestación en la sede del cantón de Tuzla y lo atacaron a pedradas, pasando así del estatus de víctimas al de actores y creando el primer movimiento social de la posguerra, nadie las escuchó⁴⁰. Cuando, el 11 de julio de 1996, durante la primera ceremonia conmemorativa de la masacre de Srebrenica, las mismas mujeres lanzaron tomates sobre la tribuna donde estaban sentados, al lado de los oficiales bosnios, la flor y la nata del arrepentimiento occidental, nadie se dio cuenta.

Vecinos y combatientes

- 44 En muchos aspectos, construí mi propia perspectiva de la violencia en completa oposición con la de los defensores acérrimos de Bosnia-Herzegovina. De los testimonios que escuché –ya que en un país como Bosnia, que ha sufrido tanto, terminan por atrapatarte incluso cuando intentas huir de ellos me quedé justo con lo contrario de lo

que ellos retenían. Escuchaba todas esas historias sobre la vecindad, sobre los fusiles que se compran a la vez que se sigue ofreciendo café, de una desconfianza que aumenta y de un miedo que rezuma, de casas devastadas y de familias humilladas. Yo me decía a mí mismo que cuando hay dos vecinos que afirman que el otro había empezado primero, uno de los dos mentía. No obstante, podía adivinar poco a poco que esta historia no era más que una leyenda, una forma de decir las cosas, y que su significado era tan fuerte para uno como para el otro.

- 45 Cuando vivía en Belgrado, un joven combatiente serbio de Pakrac (Eslavonia occidental) me contó que, en aquella región rural, serbios y croatas se habían peleado durante largos meses, pero siempre respetando las familias y las casas de sus adversarios, cuando por desgracia éstas se encontraban en el lado equivocado del frente. Un día llegaron las milicias de Arkan, masacraron a los civiles croatas que habían permanecido en la zona serbia, saquearon sus casas, y se marcharon con los camiones bien cargados. Poco tiempo después, el ejército yugoslavo anunció que no podía mantener sus posiciones y que se retiraba. Después de la violación del pacto implícito que les unía a sus antiguos vecinos, los lugareños serbios comprendieron que además de tener que seguir al ejército en su retirada, tendrían que llevarse con ellos a sus familias y posesiones. Cuando llegaron a Serbia, se les propuso que se instalasen en casas croatas en los alrededores de Vukovar, a lo que este joven combatiente se negó. “Luché por mi casa, y para mí la guerra se había acabado”, decía.
- 46 Lo que he aprendido de esta historia, y de todo mi trabajo sobre las guerras yugoslavas, es que la limpieza étnica crea verdugos y víctimas al mismo tiempo, y que necesita tanto a los primeros como a las segundas. Lo que también he constatado es que para distinguir víctima de verdugo, es mucho mejor indagar su estatus profesional que su identidad étnica: por regla general, los verdugos son militares, policías o mafiosos; éstos están normalmente bajo las órdenes de oficiales y políticos, y aquellos que los honoran son periodistas, intelectuales y religiosos. A quien le moleste esta constatación, no tiene más que echarle la culpa a su inocencia, real o fingida.
- 47 Adoraba los otros testimonios y leyendas, aquellos que recordaban un gesto de ayuda mutua, un instante de compasión. Los que los contaban, les debían a veces la vida. Un día, el autobús que me llevaba a Tuzla atravesó la población de Vozuce, que había sido retomada recientemente por el ejército bosnio. Cuando nos acercábamos a la parada del autobús, un combatiente que estaba sentado detrás de mí explicó a su vecino que él era de ese pueblo, y que tuvo que huir cuando comenzó la guerra. Cuando volvió armado, fue a su casa, abrió la puerta cerrada con cerrojos tres años antes, y encontró intacto su interior. En otra ocasión, en París, un serbio de Tuzla que había servido en las filas del ejército bosnio me contó que, un día, lo habían capturado durante un combate en los montes de Majejica. Lo enviaron a un campo cerca de Bijeljina y que, como traidor a su propio pueblo, su suerte ya estaba echada. Fue gente del pueblo, que conocía desde antes de la guerra y a quien había ayudado, la que acudió a defenderle y a salvarle de una muerte segura. Quizá estas historias sean sólo la excepción de la regla, pero me parece importante contarlas y evitar que se borren de nuestra memoria⁴¹.
- 48 Finalmente, siempre me han llamado la atención los combatientes, ese grupo social que se crea en tiempos de guerra, pero a quienes ignora la mayoría de observadores externos, ya que es difícil situarlo en la dicotomía entre víctimas y verdugos. Yo me interesaba en particular por las similitudes que podían existir entre los combatientes

de ambos bandos, e intentaba averiguar si la experiencia del frente los unía más que los separaba.

- 49 Un día, en Belgrado, conocí a una chica de Banja Luka que me contó una historia. Su hermano estaba en el frente, en una línea calma e inactiva. Una mañana se levantó, desayunó, se afeitó y escuchó un poco la radio. Después, unos cuantos se marcharon a rastrear un bosque de los alrededores y encontraron a un francotirador musulmán. Se lo llevaron al campamento y empezaron a torturarlo. El francotirador se dirigió hacia el hermano de la chica y le dijo: “Los demás tienen derecho a torturarme, pero tú no”. Entonces su hermano preguntó: “¿Por qué yo no?”. El francotirador respondió: “Porque esta mañana, te he estado apuntando durante mucho tiempo, he visto cómo desayunabas, te afeitabas y escuchabas la radio, y no te he disparado”. El hermano entonces se llevó al francotirador a Belgrado y lo dejó partir al vasto mundo. No sé si esta historia es cierta. Quizá solo me la contó para agradarme. Quizá cuenten la misma historia en otros lugares, en otras guerras. Sin embargo, sigue siendo extraordinariamente significativa.
- 50 Siempre la he asociado a otra historia que me contó un soldado croata de Vukovar. Se ocupaba con su unidad de mantener una línea de frente cerca de la ciudad sitiada, en la que aún se encontraban sus padres. Estaban situados en lo alto de una colina, más abajo de su trinchera, y habían colocado un campo de minas para protegerse de un ataque serbio. Si entendí bien y la memoria no me falla, esas minas eran de una clase especial: visibles y unidas unas a otras para que explotasen al mismo tiempo. Estaban escuchando la comunicación por radio entre los oficiales serbios que estaban enfrente de ellos, cuando uno anunció al resto que les enviaba “pileće”, jóvenes reclutas sin apenas formación. Poco después, pudieron ver con sus prismáticos que unos camiones traían a los reclutas en cuestión. Unos oficiales los condujeron al borde del campo de minas y al parecer les explicaron que cada uno de ellos debía coger una mina y levantarla al mismo tiempo que sus compañeros. Cuando un oficial dio la orden de hacerlo y los jóvenes así lo hicieron, el campo de minas explotó con ellos, y el ejército yugoslavo pasó al ataque. El soldado croata me contó que durante largos segundos, no eran capaces de disparar. Tampoco sé si esta historia es cierta. Si lo es, lo más probable es que se tratara de reclutas albaneses.
- 51 Hay parecidos y diferencias sorprendentes entre estas historias. En ambos casos, la tecnología moderna, asociada a la comunidad lingüística y a la proximidad en todos los sentidos, permite el franqueamiento mental de la línea de frente. Sin embargo, en un caso, es primero la identificación de gestos cotidianos y pacíficos lo que permite el desvanecimiento de las adhesiones guerreras, y la reindividualización y rehumanización del combatiente. En el segundo caso, es el choque y la incompreensión ante la cruda violencia de la guerra.
- 52 Recuerdo que cuando vivía en Belgrado, el Centro cultural francés había organizado un ciclo de conferencias sobre nada menos que “el pensamiento francés”. Uno de los invitados de este ciclo era Alain Finkelkraut, quien nos explicó que el nacionalismo estaba bien para los europeos del Este mal desovietizados, pero no para los otros. Además, uno de sus primeros actos de armas en su largo combate yugoslavo había sido el de enviar contra las cuerdas a un antiguo combatiente que evocaba febrilmente el frente de Salónica y la amistad franco-serbia. Otro invitado era Jacques Derrida, y me acuerdo de que intenté seguir con dificultad pero ansiosamente su presentación sobre la experiencia en el frente tal como había sido contada por, creo, Ernst Jünger y

Teilhard de Chardin, y sus largas exposiciones sobre el modo en que el frente hace que los combatientes terminen por parecerse y se unan. Alguien le preguntó si no estábamos reviviendo la Primera Guerra Mundial, a lo que él respondió que había al menos una diferencia: sabíamos que la Primera Guerra Mundial había sucedido, sabíamos lo que había sido, y en eso radicaba nuestra responsabilidad. También me acuerdo de las entrevistas que Nenad Čanak concedió al semanario *Vreme*, y las concedidas por Miodrag Živanović al diario *Borba*, a su vuelta del frente. Nenad Čanak y Miodrag Živanović son dos intelectuales serbios, uno de Novi Sad y el otro de Banja Luka, a quien su oposición a la guerra no ha valido una gira por las capitales europeas, sino una orden de movilización. En *Vreme*, Čanak explicaba que los voluntarios que había frecuentado en Vukovar eran los mismos que derrocarían a Milošević, el día en el que se dieron cuenta de cómo habían abusado de ellos. En *Borba*, Živanović contaba que en el frente no cabe el nacionalismo, ya que en el frente no hay nada, y sobre todo no hay ni políticos ni televisión.

Volver a Sarajevo y salir de la guerra

- 53 Mi libro *Bosnie, anatomie d'un conflit* [Bosnia, anatomía de un conflicto] está marcado por esas historias, esas figuras del vecino y del combatiente; es el fruto de mi aprendizaje de la guerra⁴². En febrero de 1996, cuando se publicó el libro en París, yo estaba de vuelta en Sarajevo, después de cuatro años de ausencia. Los acuerdos de Dayton que ponían fin a la guerra se firmaron oficialmente el 14 de diciembre de 1995, y Bosnia-Herzegovina se despertaba después de una larga pesadilla. Durante mi primera estancia en la Bosnia de la posguerra, lo primero que me llamó la atención fue la progresiva restauración de los marcos espaciales y temporales que habían desaparecido en abril de 1992. Tomando carreteras que habían quedado inservibles durante mucho tiempo, el autobús unía en pocas horas la costa croata con Sarajevo, y Sarajevo con Tuzla. Fue entonces cuando me di cuenta de que Bosnia-Herzegovina era un país pequeñito. La gente, liberada de la necesidad de sobrevivir día tras día, regresaba de un pasado que aún no podía comprender, y miraba alelada hacia un futuro vacío que se abría ante sus ojos, sin saber qué hacer del tiempo recuperado. En Sarajevo, ciudad que redescubría poco a poco, tuve la oportunidad de presenciar la reapertura de los puentes que separaban la parte bosnia de la ciudad de la serbia, y el reencuentro de amigos, compañeros y vecinos que no se habían visto desde hacía casi cuatro años. Mi casera, una serbia que había pasado la guerra en el sitiado Sarajevo, explicaba entre risas a un amigo cómo, un día, la bala de un francotirador serbio había llegado a parar en una de sus nalgas, que eran bastante carnosas. Ese amigo, un croata que se había quedado en el barrio de Grbavica, bajo control serbio, contaba que se había declarado protestante el día en que los tchetniks ocuparon la planta baja de su edificio y llamaron a su puerta.
- 54 La vuelta a Sarajevo también fue un momento de reencuentros para mí. Fui a visitar la familia que me alojó en su casa antes de la guerra, pero sólo encontré al padre, con la mitad del cuerpo paralizado a causa de un accidente cerebral. Arrastraba su pierna muerta en un apartamento vacío. Su mujer y sus dos hijas se habían marchado a Italia cuando comenzó la guerra, y sus hijas se casaron allí y rehicieron su vida. Él era el único que quedaba para cuidar el apartamento. Me encontré con el vendedor del kiosko de la comunidad musulmana que, antes de la guerra, estaba situado delante de la *bašaršijska džamija* y con quien había bebido café y charlado durante horas. Me hizo

volver a entrar en su kiosko para enseñarme las últimas publicaciones religiosas del momento, y me mostró orgulloso una foto de su hija en traje de baño, candidata a la elección de Miss Bosnia. No cabía la menor duda de que estaba de nuevo en Sarajevo.

- 55 También volví a ver a Mesud Hafizović, imán y profesor en la Medressa de Sarajevo, cuyos sermones había escuchado y apreciado en marzo de 1992. Yo le había enviado varios paquetes con comida durante el sitio, y me dio las gracias por el único que le había llegado, por mediación de una asociación caritativa protestante. Antes de la guerra, Mesud Hafizović vivía en Grbavica, y luego fue detenido durante varios meses en un campo serbio, antes de ser intercambiado y poder volver al Sarajevo sitiado. El día en que quedé con él, acababa de estar con un antiguo vecino serbio: poco antes de su arresto, Mesud Hafizović le había dejado a su cuidado algunos libros a los que tenía un aprecio especial, y su vecino acababa de anunciarle que habían pasado la guerra en su balcón, escondidos bajo la leña, que estaban en buen estado y que podía pasar a buscarlos cuando quisiese. Como muchas familias musulmanas de Srebrenica, la de Mesud Hafizović venía de Užice, al sur de Serbia, y sólo se instaló en Bosnia oriental en 1878, después de que se uniera Užice al reino de Serbia. Un siglo más tarde, en 1996, muchos miembros de la familia Hafizović habían desaparecido, y los que sobrevivieron se habían refugiado en Tuzla o en Sarajevo. Mesud Hafizović me decía que, cuando pensaba en la historia de su familia, le venía a la mente la imagen de un libro que se cerraba lentamente, cuyas páginas pronto ya no se podrían leer. Después de dudar un momento, le pedí que me diera su explicación sobre la masacre de Srebrenica. Me respondió simplemente que, en esa región, la guerra se había llevado a cabo “sangre contra sangre” (“krv na krv”)⁴³. Hoy sé que se equivocó: la sangre no lo explica todo, y el libro no se había cerrado. Sin embargo, Mesud Hafizović nunca dejó de ser calmo y digno, quizá porque creía en Dios y nos animaba a cada uno de nosotros a construir primero nuestra casa interior. Murió hace poco tiempo, y quisiera dedicar a su memoria este artículo, con la esperanza de que no me guarde rencor.
- 56 De alguna manera, la publicación de *Bosnie, anatomie d'un conflit* y mi vuelta a Sarajevo en febrero de 1996 marcaron para mí el fin de la guerra. No obstante, ignoro si esta dejará de morar dentro de mí algún día, y espero en todo caso aprender un día a sacar fuerzas de ello. Durante los años siguientes, redacté mi tesis doctoral con las dificultades cerebrales y materiales que todo doctorando conoce. La defendí en enero de 1999, y aún no la he transformado en libro. He vuelto varias veces a Sarajevo y a Bosnia. Algunos de mis artículos han sido traducidos en el principal semanario de Sarajevo, *Dani*⁴⁴, y la editorial *el-Kalem*, ligada a la comunidad musulmana, anuncia la próxima traducción de una obra colectiva que he co-dirigido con Nathalie Clayer⁴⁵. En enero de 1998, algunos miembros de la redacción de *Ljiljan* quisieron entrevistarme. En la foto que aparece en portada, llevo un jersey de conocidos motivos, los de los jerseys tejidos en la población de Sirogovino, en Serbia. La entrada de la entrevista comienza como sigue: “Cuando nos presentábamos al señor Xavier Bougarel, al que invitamos a nuestra redacción, le preguntamos: ‘¿Podemos hablar en bosnio?’. ‘Desgraciadamente, hablo serbio’, respondió en bosnio”⁴⁶.

NOTES

1. Por supuesto, esta constatación también es válida para las personas comprometidas con Bosnia-Herzegovina, con quienes a menudo discrepo profundamente, y entre las cuales, algunas me han atacado vigorosamente en sus escritos. Sobre las cuestiones y disensiones morales entre los medios franceses que han apoyado la causa bosnia, véase entre otros B-H. Levy, "La liste, et après", *La règle du jeu*, n°14, septiembre de 1994, pp. 90-124 ; F. Martel, "Pour servir à l'histoire de notre défaite. L'élite intellectuelle et morale française et la guerre en ex-Yougoslavie (1991-1994)", *Le messager européen*, n°8, 1994, pp. 127-154 ; E. Wallon, "La guerre de Sarajevo a vraiment eu lieu. Notes sur l'engagement des artistes et des intellectuels", *Les temps modernes*, n°587, marzo-mayo, 1996, pp. 374-399 ; J-F. Narodetzki, *Nuits serbes et brouillards occidentaux. Introduction à la complicité de génocide*, París, L'Esprit frappeur, 1999.
2. Respecto a la prueba que significa llevar a cabo una investigación en un país en guerra, véase C. Nordstrom / A. Robben (ed.), *Fieldwork Under Fire. Contemporary Studies of Violence and Survival*, Berkeley, University of California Press, 1995. Sobre el caso específico de ex-Yugoslavia, véase entre otros M. Povrzanović, "Etnologija rata: pisanje bez suza?" [La etnología de la guerra: escribir sin lágrimas?], *Etnološka tribina*, n°15 (1992), pp. 61-80, y también la tesis no publicada de Ivana Maček sobre Sarajevo sitiado (I. Maček, *War Within. Everyday Life in Sarajevo Under Siege*, University of Uppsala, 2000).
3. G. Orwell, *Hommage à la Catalogne*, París, Champ libre, 1984. [NdT: traducción española: *Homenaje a Cataluña*.]
4. T. Todorov, *Face à l'extrême*, París: Seuil, 1994. [NdT: traducción española: *Frente al límite*.]
5. NdT. Sciences Po, abreviación coloquial de Institut d'Etudes Politiques de París, escuela fundada en 1945 (reemplaza antigua Escuela libre de Ciencias Políticas), destinada junto a otras a formar las élites políticas de Francia. Actualmente sigue siendo considerada como una escuela de élite.
6. *Borba* ("Combate") era el principal diario de la oposición de Belgrado, que apoyaba al Primer ministro federal Ante Marković, y sin duda una de las fuentes de información más completas y fiables del espacio yugoslavo. En diciembre de 1994, el poder serbio consigue adueñarse de *Borba*. La mayoría de los periodistas dejaron su trabajo en el periódico, puesto que se había convertido en un simple periodicucho, y crearon el diario independiente *Naša Borba* ("Nuestro combate"), que desapareció unos años más tarde.
7. Describí la situación en un artículo publicado bajo seudónimo. Véase B. Ušeljenički, "Les 'traîtres'. Déserteurs et pacifistes dans la Serbie de Milošević", *Les temps modernes*, n°545-546, diciembre de 1991-enero de 1992, pp. 311-320.
8. Para un análisis detallado de la atmósfera que reinaba en Belgrado durante los años de la guerra, y del estrechamiento de los horizontes intelectuales que se deriva, véase E. Gordy, *The Culture of Power in Serbia. Nationalism and the Destruction of Alternatives*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1999.
9. Para más información sobre el movimiento pacifista de Sarajevo anterior al mes de abril de 1992, véase la tesis doctoral sin publicar de Neven Andjelić sobre Bosnia-Herzegovina en los años 1980 (N. Andjelić, *Bosnia-Herzegovina: Politics and Society at the End of Yugoslavia*, University of Sussex, 1999). Un breve resumen de esta tesis se publicó en la revista *Balkanologie*. Véase N. Andjelić, "L'évolution de la société civile dans la Bosnie-Herzégovine d'avant-guerre", *Balkanologie*, vol. IV, n° 1, septiembre de 2000, pp. 27-51.

10. Fui a Sarajevo con Ariane, mi compañera, para mostrarle esta bonita ciudad, y le expliqué doctamente que no corríamos ningún riesgo, ya que los únicos incidentes posibles ocurrirían en el campo.
11. La festividad del *ramazanski bajram* (en árabe: *'id al-fitr*) señala el final del mes del Ramadán y dura tres días.
12. Sobre la guerra como experiencia situada en el espacio, véase entre otros M. Povrzanović, "Identities in War: Embodiments of Violence and Places of Belonging", *Ethnologia Europea*, n°27, 1997, pp. 153-162. Esta inscripción en el tiempo y en el espacio de toda experiencia de la guerra explica los efectos de filiación étnica y de pertenencia generacional a los que los investigadores que trabajaban sobre el espacio yugoslavo no han podido escapar. En consecuencia, siempre me ha sorprendido observar hasta qué punto las personas que empezaron a estudiar Yugoslavia antes y después de 1991 tienen una percepción diferente de los acontecimientos, y a causa de esta constatación, envejecí prematuramente. Sobre este tema, véase J. Allcock, "Involvement and Detachment: Yugoslavia as an Object of Scholarship", *Journal of Area Studies*, n° 3, 1993, pp. 144-160.
13. Sobre el imaginario político de los serbios a lo largo de los años 1990, véase en particular las diferentes obras de I. Čolović, *Bordel ratnika* [El caos de los guerrilleros], Belgrado: XX. vek (1993); *Pucanje od zdravlja* [Explotar de buena salud / Explotar más allá de los límites de la salud], Belgrado: Krug, 1994; *Politika simbola: ogledi o političkoj antropologiji* [Política simbólica: ensayos sobre antropología política], Belgrado: Radio B 92 (1997), así como la tesis no publicada de Marko Živković (M. Živković, *Serbian Stories of Identity and Destiny in the 1980s and 1990s*, University of Chicago, 2001).
14. Véase, por ejemplo, el plano del sitio de Sarajevo reproducido en la página 93 de mi libro *Bosnie, anatomie d'un conflit* (X. Bougarel, *Bosnie. Anatomie d'un conflit*, Paris, La Découverte, 1996).
15. . Véase entre otros O. Carre / G. Michaud, *Les Frères musulmans*, París, Archives Gallimard, 1983 ; G. Kepel, *Le Prophète et Pharaon*, Paris, La Découverte, 1984; O. Roy, *L'Afghanistan, islam et modernité politique*, París, Seuil, 1985; O. Carre / P. Dumont (dir.), *Radicalismes islamiques*, París, L'Harmattan, 1986; G. Kepel / Y. Richard (dir.), *Intellectuels et militants de l'islam contemporain*, Paris, Seuil, 1990; O. Roy, *L'échec de l'islam politique*, Paris, Seuil, 1992.
16. . Véase W. Lockwood, *European Moslems. Economy and Ethnicity in Western Bosnia*, New-York / London, Academic Press, 1974; C. Sorabji, *Muslim Identity and Islamic Faith in Socialist Sarajevo*, University of Cambridge, 1988, tesis doctoral no publicada; T. Bringa, *Being Muslim the Bosnian Way. Identity and Community in a Central Bosnian Village*, Princeton, Princeton University Press, 1995.
17. . *Da li će Bosna biti islamska republika?*. No encuentro este número de revista en mis archivos, por lo que supongo que debí tirarlo en algún momento.
18. . Véase X. Bougarel / P. Diallo, "Les travailleurs musulmans à Renault-Billancourt: le repli", *Revue européenne des migrations internationales*, vol. VII, n°3, 1991, pp. 77-89.
19. . Sobre la historia de este movimiento islámico hasta la creación del Partido de Acción Democrática (SDA) y su llegada al poder en 1990, véase X. Bougarel, "Un courant panislamiste en Bosnie-Herzégovine", en G. Kepel (dir.), *Exils et royaumes. Les appartenances au monde arabo-musulman aujourd'hui*, París, Presses de la FNSP, 1994, pp. 275-299.
20. . *Muslimanski Glas* ("La voz musulmana"), organismo extraoficial del SDA, estaba dirigido por Džemaludin Latić, uno de los condenados por "fundamentalismo islamista" en 1983, junto a Alija Izetbegović, y una gran parte de su equipo de redacción estaba formado por antiguos alumnos de la Medresa de Sarajevo.
21. . Darko Tanasković era profesor de árabe, turco y filología oriental en la Facultad de Letras, y Miroljub Jevtić era profesor en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Belgrado. Norman Cigar, un experto americano de origen croata, acusa a ambos de figurar entre los autores

intelectuales del genocidio contra los musulmanes de Bosnia- Herzegovina (véase N. Cigar, *Genocide en Bosnia. The Policy of Ethnic Cleansing*, College Station, Texas A&M University Press, 1995). En un artículo que publiqué en 1998, intenté mostrar en qué la posición intelectual y opiniones políticas de Darko Tanasković, que bien entendido estoy lejos de aprobar sin reservas, deben distinguirse de los delirios monomaniacos de Jevtić. Véase X. Bougarel, "L'islam et la guerre en Bosnie-Herzégovine: l'impossible débat ?", *L'Autre Europe*, n°36-37, hiver 1998 / 1999, pp. 106-116.

22. . Véase X. Bougarel, "Discours d'un ramadan de guerre civile", *L'Autre Europe*, n° 26-27, hiver 1992 / 1993, pp. 171-197.

23. . Durante toda la guerra, me preguntaba cómo reaccionarían las personas que conocí en Sarajevo antes de la guerra cuando me vieran de nuevo. En septiembre de 1993, de pasada por Ljubljana, visité la oficina de la redacción de *Muslimanski Glas* allí. La cordial acogida demostraba que había sido exageradamente desconfiado. Sin embargo, también viví la experiencia más peligrosa de mi vida en Ljubljana. Cuando visité la sede local del SDA, en la época en la que el partido sufría una crisis interna bastante violenta, los representantes locales del partido me retuvieron por la fuerza, al habersele metido en la cabeza que tenían que averiguar para qué servicios secretos trabajaba. Liberado después de una hora que se hizo eterna, decidí no dejarme bloquear por esta desagradable experiencia y, después de recobrar fuerzas en la terraza de un café, fui a la redacción del diario *Oslobodjenje* (véase la nota 24). Llegué en plena celebración del 50 aniversario del diario, por lo que tuve que coger esa misma noche un autobús para Zagreb contento y ligeramente entonado. Me pregunté a menudo cómo habría podido terminar mi desventura si en vez de haber sucedido en la capital eslovena, hubiese sido en una ciudad bosnia como Zenica, Tešanj ou Zavidovići.

24. . Zlatko Dizdarević, Ibrahim Spahić y Jovan Divjak son tres personajes francófonos del Sarajevo sitiado. Zlatko Dizdarević era periodista en el diario *Oslobodjenje*, y es el autor de un *Diario de guerra* publicado en francés (Z. Dizdarević, *Journal de guerre*, París, Spengler, 1993). Ibrahim Spahić era el director del festival de invierno de Sarajevo, en el que participaron varias compañías de teatro francesas durante los años del sitio. El general Jovan Divjak fue miembro del Estado mayor del ejército bosnio y, como oficial superior serbio, debía atestiguar el carácter multiétnico de este ejército.

25. . *Oslobodjenje* ("Liberación"), principal diario bosnio próximo al Partido social-demócrata (ex-comunista), fue uno de los símbolos de la resistencia de Sarajevo. Los edificios en el que se encontraban su redacción y su imprenta, situados cerca de la línea del frente, fueron destruidos casi por completo por la artillería serbia.

26. . X. Bougarel, *Bosnie, anatomie d'un conflit*, op. cit.

27. . N. Malcolm, *Bosnia, a Short History*, London, Papermac, 1994, p. 220.

28. . Durante mi estancia en Belgrado, una pequeña historia circulaba en los círculos franceses: hasta 1991, el embajador de la época, amigo de François Mitterrand e incorregible pro-serbio, tenía un lema preferido: "si Yugoslavia tiene que estallar, será de risa". Ocho años más tarde, Madeleine Albright y algunos otros pensaron que bastaría con bombardear levemente Belgrado durante dos o tres días para hacer reflexionar a Milošević sobre la cuestión de Kosovo.

29. NdT. Término que designa a los franceses que vivían en Argelia antes de la independencia.

30. . Ignoro por completo si, en ese momento, ya se había difundido la noticia de las masacres.

31. . X. Bougarel, *Islam et politique en Bosnie-Herzégovine: le Parti de l'action démocratique*, Paris, Institut d'études politiques, 1999, tesis no publicada, pp. 15-16.

32. . Sólo una vez me vi ante una reacción verdaderamente agresiva. De camino a Tuzla, hice una parada en Zenica, donde asistí a un concierto en apoyo a Bosnia de un joven pianista alemán ante un público de apparatchiks. En esta atmósfera siniestra y surrealista, mantenía una conversación con un combatiente que acababa de salir del frente, y que estaba como una cuba, cuando de

repente me dijo que todos los franceses eran unos tchetniks, y que lo mejor que se podía hacer con ellos era degollarlos. Decidí entonces abreviar la conversación, acabar con mi vocación naciente de melómano y volver tranquilamente al hotel *Metalurg*. Por la noche, se oyeron gritos de borrachos y tiros de kalachnikovs a las puertas del hotel. Al día siguiente, varios mujahidines conducían vehículos en la estación de autobuses de Zenica, con sus ropas afganas, sus kalachnikovs y sus 4 x 4. En mi paranoia, no podía dejar de pensar en que todo eso tenía algo que ver conmigo y, cuando el autobús hacia Tuzla arrancó, lancé un suspiro de alivio.

33. . Sobre la guerra como ruptura de la normalidad y sobre sus estrategias de restauración de algo parecido a la normalidad en contexto de guerra, véase I. Maček, *War Within. Everyday Life in Sarajevo Under Siege*, op. cit.

34. . *Zmaj od Bosne* (“El dragón de Bosnia”, apodo con el que se conocía a Husein-kapetan Gradašević, bosnio originario de la región de Tuzla, que se rebeló contra las reformas militares y administrativas otomanas en 1831) era el órgano oficioso del SDA local de Tuzla, y *Hikmet* (“La sabiduría”) era una publicación mensual religiosa de orientación pan-islámica y pro-Irán, ligada al *muftijstvo* (oficio del mufti) de Tuzla. En ambos casos, el principal animador de esas publicaciones era Adnan Jahić, joven figura líder de los círculos islámicos locales, quien se convirtió después de la guerra en líder del grupo parlamentario y después en portavoz del SDA. Sobre Adnan Jahić, véase X Bougarel, “Trois définitions de l’islam en Bosnie-Herzégovine”, *Archives des sciences sociales des religions*, n°115, juillet-septembre 2001, pp. 183-201.

35. . X Bougarel, “Bosnie-Herzégovine: anatomie d’une poudrière”, *Hérodote*, n° 67, 4° trimestre 1992, pp. 84-147.

36. . La profunda ambigüedad de la referencia constante al Islam bosnio como “Islam europeo y tolerante” ha de volver a situarse en este contexto. El *Reis-ul-Ulema* Mustafa Ćerić, dirigiéndose en enero de 1994 a un público de intelectuales laicos, decía así: “*Hermanos, no olvidéis que antes no apreciábamos mucho a los países musulmanes, y que ahora lo hacemos sólo por necesidad. Nuestra relación con los países musulmanes es una relación obligada, pero sobre la que no se ha deliberado ni reflexionado. Si los europeos hubiesen solucionado nuestro problema, les diríamos: ‘Por favor, no permitáis que se entablen lazos fuera de Europa, vosotros allí, vosotros sois Oriente. Vosotros sois Asia. Nosotros somos europeos. Somos blancos. Somos algo mucho mejor que vosotros’*” (M.Ćerić, *Islam ovdje i danas* [“El Islam aquí y ahora”], Sarajevo, Vojna biblioteka n°3, 1994, p. 24).

37. . Tadeusz Mazowiecki fue relator especial para la antigua Yugoslavia de la Comisión para los derechos humanos de la ONU entre agosto de 1992 y julio de 1995, Cherif Bassiouni fue el presidente de la comisión de expertos encargada en octubre de 1992 por el Consejo de Seguridad de la ONU de examinar la cuestión de los crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad en la antigua Yugoslavia.

38. . D. Jovanović / G. Bundalo / M. Govedarica, *Iskorenjivanje Srba u Bosni i Hercegovini 1992-1993*, Belgrado, Rad, 1994.

39. . En agosto de 1995, el ejército croata lanzó una ofensiva relámpago contra la “República serbia de Krajina”, y tomó en pocos días el control de los territorios controlados desde 1992 por las fuerzas serbias, con la excepción de la región de Vukovar. Esta ofensiva provocó un éxodo masivo de los serbios de Krajina, se acompañó del asesinato de al menos varios centenares de civiles, y llevó al Tribunal penal internacional de La Haya a inculpar a varios generales del ejército croata. Es probable que el desplome militar de la “República serbia de Krajina” y el éxodo masivo de su población se hayan visto discretamente fomentados por Belgrado.

40. . Las mujeres de Srebrenica exigían conocer el paradero de los hombres desaparecidos durante la toma del enclave, y exigían explicaciones sobre las responsabilidades personales de Naser Orić, antiguo comandante militar del enclave, Izet Hadžić, gobernador del cantón de Tuzla, y Alija Izetbegović. Yo estaba en Tuzla cuando Naser Orić y Alija Izetbegović llegaron precipitadamente y se reunieron con las mujeres de Srebrenica en un pabellón de deportes. En

cierto momento, una de las abuelas en *dimije* (pantalones bombachos), de esas que muestran tanto las cámaras de televisión, se subió a la tribuna y pidió a Izetbegović, mirándole a los ojos, que le dijera dónde estaba su hijo. Fue la única vez en mi vida que vi a Izetbegović bajar la mirada. Vi la retransmisión en directo de la televisión local con un amigo bastante comprometida en las filas de la oposición “ciudadana”, e hice que se diera cuenta de que esta representante de la población rural, a quienes los intelectuales bosnios tendían generalmente a considerar como un rebaño de ovejas servil y estúpido, hacía preguntas que él no habría osado hacer jamás. Es cierto que, en aquella época, los partidos “ciudadanos” estaban ya bastante ocupados con sus preparativos electorales, y que su preocupación principal era la de saber a quién votarían las mujeres de Srebrenica.

41. . En 1999, Svetlana Broz, nieta del mariscal Tito, publicó una colección de historias de este género, bajo el título *Buenas gentes en malos tiempos: actores y testigos* (S. Broz, *Dobri ljudi u vremenu zla: sudionici i svedoci*, Banja Luka, Prelom, 1999). No obstante, su tono angelical e inocentemente yugonostálgico le hizo perder bastante pertinencia y eficacia.

42. . Este libro también es el resultado de una urgencia: para escribir mi tesis sobre el Islam, tuve que declarar primero lo que pensaba sobre la guerra. Cuando la gran redistribución de los mapas del verano de 1995 anunció el fin de los combates, recopilé todos los ensayos que había escrito hasta el momento y se los enseñé a Serge Cordelier y a Béatrice Didiot, co-directores de *L'état du monde* [“El estado del mundo”]. Ellos me propusieron refundirlos en un pequeño libro, y me ayudaron a hacerlo. Aunque tarde, se lo agradezco de todo corazón.

43. . Para una reconstitución del sitio y de la masacre de Srebrenica que, a través de la historia de una familia musulmana, insiste en esa dimensión de los acontecimientos, véase C. Sudetic, *Blood and Vengeance. One Family's Story of the War in Bosnia*, New York / London, Norton & Company, 1998.

44. . *Dani* (“Días”) se llamaba *Naši dani* (“Nuestros días”) antes de la guerra, y era entonces la voz de las juventudes socialistas de Bosnia-Herzegovina. Se independizó a finales de los años 1980, y como continuó publicándose durante la guerra, *Dani* fue fuente de vivas polémicas entre el SDA y la comunidad musulmana. Se le considera a menudo como el semanario bosnio más importante y más fiable.

45. . X. Bougarel / N. Clayer (dir.), *Le nouvel Islam balkanique. Les musulmans, acteurs du post-communisme (1990-2000)*, París, Maisonneuve & Larose, 2001.

46. . *Islam je zajedničko blago svih ljudi koji žive u Bosni* [“El Islam es el tesoro común de todos aquellos que viven en Bosnia”], *Ljiljan*, vol. VI, n° 263, 28 de enero de 1998, pp. 7-9.

INDEX

Palabras claves : guerra, religión